

LAS VICTIMAS

Ocultando los recuerdos

Tarjetas, agendas, zapatillas... Vidas dibujadas en objetos sacados del tren que explotó en El Pozo, retirado ayer

EDUARDO J. CASTELAO

MADRID.- Las desgracias pasan con una lentitud irritante, como si quisieran quedarse donde no fueron llamadas. Dicen los psicólogos que a olvidar ayuda no ver los símbolos, que siempre lo serán, del desastre. Los trenes -mejor dicho, lo que queda de ellos- son una especie de ataúdes metálicos donde murieron las ilusiones de mucha, demasiada gente. En la estación de El Pozo estaban ayer por la mañana los últimos vagones que faltaban por retirar. Y, cinco días después del atentado, seguían apareciendo objetos personales de los fallecidos.

Un grupo de 40 personas, variable en el número y en los nombres, siguió las tareas apenas a 20 metros. El domingo, durante las elecciones, hubo muchas quejas. «No hay derecho a que tengamos que seguir viendo estos trenes aquí», decía un hombre, con los ojos a punto de romperse en lágrimas. La Policía Científica, ayudada por una enorme grúa y varios operarios de Renfe, se pasaron varias horas desmontando lo que quedaba del convoy -el único de dos pisos- que explotó en la estación de El Pozo.

La grúa lo partía en trozos pe-

Doce cadáveres continúan sin ser identificados en La Almudena

Doce de los cerca de 20 cadáveres que descansaban ayer en el depósito del cementerio de La Almudena siguen sin identificar, según informaron fuentes de la empresa de servicios funerarios. Si el domingo fueron identificados hasta 19 cuerpos por distintos métodos (ocho mediante las pruebas de ADN, seis visualmente y cinco con autopsias), ayer se logró poner nombre y apellidos a otros seis.

Las familias de estos seis fallecidos fueron avisadas para que se hicieran cargo de los cuerpos, dos de los cuales son hombres rumanos de 23 y 35 años, residentes en Coslada, que han sido enviados al Tanatorio Sur y que fueron identificados en la madrugada del domingo al lunes.

Los familiares de otras cuatro víctimas mortales de los atentados se desplazaron ayer al cementerio para completar los trámites, ya que iban a reconocer objetos personales de sus allegados a través de la pantalla de un ordenador.

De estos cuatro cuerpos, uno corresponde a un brasileño de 29 años que vivía en Coslada, aunque sin regularizar su situación. Fue identificado por amigos

queños. Se quitaban los pedazos de techo, y los cables eran recogidos con aparente mimo para dejar sólo la estructura básica del tren.

Era entonces cuando llegaba el peor momento. De entre el amasijo de hierros, ya fríos, los asientos, ya rotos, y la metralla salían tarjetas de teléfono, libros, carteras, llaves, trozos de ropa, panfletos sobre algún locutorio, o de cómo enviar dinero a quien sabe qué país. Con los guantes de látex como barrera, la policía los iba sacando y poniendo sobre el suelo. Objetos inanimados a través de los cuales cabe imaginar una vida, muchas vidas, con los pequeños quehaceres diarios impresos en esas letras, en esas tarjetas que ya nunca volverán a ser utilizadas para hablar con nadie.

La suerte

«Los 15 días de la suerte. Del 8 al 26 de marzo, ambos inclusive». Era el texto de un papel publicitario, pintado de verde y rojo, que estaba por allí, tirado, recién sacado de un vagón. Entre el 8 y el 26 de marzo está el 11-M. Uno de los policías se baja del tren y lleva un par de zapatillas deportivas hasta el montón que están haciendo. No tienen los cordones puestos.

El objetivo de esos trabajos aún inconclusos es doble: primero, ocultar a la vista de todos los recuerdos de uno de los días más nefastos de esta ciudad, de este país, de este mundo; segundo, hacer el peritaje de los destrozos puramente materiales, algo insignificante, absurdo si se quiere, pero obligado para Renfe. El más importante de estos propósitos se consigue, pero sólo a medias.

Los trenes que explotaron en Atocha, en la calle Téllez y en Santa Eugenia dormitan en el taller central de reparaciones de Renfe, escondido en el distrito de Villaverde. Los vagones, también separados, abiertos hasta las entrañas, son visibles desde los edificios cercanos. Muchas ventanas con el horror al levantar la persiana. «Los trajeron el sábado por la mañana, y ahí siguen. ¡Hay que joderse! ¡Cómo están!», es lo que se le viene a la boca al encargado de una obra cercana. La zona, conocida como Nuevo Rosales, está alejada del centro del distrito, pero no dejan de construirse edificios. Alguien mira por una de las ventanas, y se esconde rápido ante lo que ve. En su balcón, una bandera de España con un crespón negro, efigie tristemente repetida en muchas otras ventanas de la zona.

Mientras tanto, en El Pozo, se reúnen todos los objetos de los muertos, que serán trasladados a Ifema, donde durante el día de ayer continuaron pasando familiares en busca de los enseres que llevaban los suyos. La mayoría aún no han asimilado la tragedia. «Fue durísimo porque había personas que



Algunos de los objetos personales de los fallecidos encontrados ayer en El Pozo. / JULIAN JAEN

cuando volvían en sí nos confundían con su familiar muerto y hablaban con nosotros como si fuésemos él», relataba ayer a Efe Clara Aldamiz-Echeverría, una psicóloga de la Comunidad de Madrid que estaba en Ifema.

Un sitio, Ifema, que para todos los afectados será lugar vedado a partir de ahora. Primero fueron a

por el cuerpo. Después, a por sus pertenencias. Todo en el pabellón seis. Todo en Ifema. Demasiado para volver.

Mientras tanto, los peritos de Renfe se encaminan hacia Villaverde. En total son 24 las unidades afectadas por las explosiones. Cuentan en la compañía que no todas las unidades están afectadas

del mismo modo, por lo que los peritos deberán evaluar qué elementos pueden ser reutilizables y qué elementos no. El destino final de las piezas que no se puedan recuperar no se sabe cuál va a ser. Sea cual sea, da lo mismo. Un revoltijo de hierros desnudos, que tuvo en su vientre a tantos muertos, quizá no merezca la pena recuperarlo.

La imagen es de ayer en la estación de El Pozo, el lugar donde murieron 67 personas. El convoy -el único de dos pisos de todos los que explotaron- ha estado cinco días allí, inmóvil ante las miradas de la gente, muchos de ellos víctimas o afectados por el terror.

Durante toda la mañana, un grupo de personas, compuesto por Policía Científica y miembros de Renfe, estuvo rompiendo los vagones en pedazos más pequeños para poder trasladarlos al desguace que Renfe tiene en Villaverde.

A más de uno se le hizo un nudo en la garganta cuando hubo de juntar sobre el suelo todos los objetos personales de las víctimas. Demasiados recuerdos para aguantar impasible, por mucho que sea el trabajo diario. La mayoría no había vivido nada igual.